

GRINGO VIEJO DE CARLOS FUENTES. SPLENDOR MORTIS Y LA LÍNEA ESCAPATORIA DEL SUR UTÓPICO

Marc Morestin

RESUMEN

Cruzamos una frontera clandestina: la de nuestras diferencias con los demás. Pero el texto escrito *Gringo Viejo* no pudo orientar el destino de los otros. Ya sólo le queda cruzar la frontera de México para transculturalizarse en el desierto de los orígenes que medio siglo antes vio las hazañas anexionistas de su padre. Allí pretende recibir “el quinto golpe asesino de la suerte”: una muerte que el anciano gringo quiere cadavéricamente espléndida, en el camino de la transfronterización mental y de la intemporalidad a las que aspira.

ABSTRACT

We cross the secret boundary of our differences with others. However, the text *Gringo Viejo* could not orient the destiny of others and can now only aim at crossing the border with Mexico and transculturize in the desert of the origins which witnessed his father's annexionist feats half a century before. There, he pretends to receive “the fifth lucky hit of death”. The old gringo wants this death to be cadaverously splendid, as he aims at crossing mental boundaries and reaching intemporality.

Única sobreviviente de los protagonistas principales de *Gringo Viejo*, al final de la novela, Harriet Winslow, “la que a la larga gana”, resulta encargada de narrar una historia contando con su memoria, algo maltrecha por la edad y la confusión de sus recuerdos (“Más tarde ya de vieja, cuando recordaba sola todas esas cosas (...)” (1985: 170). Así, la dificultad del encargo da lugar a un relato fraccionado que pelea por devolverle coherencia a un mosaico de indicios diseminados.

1. El retrato de Gringo Viejo

La novela se abre, al mismo tiempo que la tumba de Gringo Viejo, de manera que la primera visión que de Gringo Viejo se ofrece es la de su cadáver, su exhumación en apertura del relato:

Inocencia Mansalvo arrancó un tablón medio podrido de la caja y apareció la cara del gringo viejo, devorado por la noche más que por la muerte: devorada, pensó el coronel Frutos García, por la naturaleza. Esto le daba al rostro curtido, verduoso, extrañamente sonriente porque el rictus de la boca había dejado al descubierto las encías y los dientes largos, dientes de caballo y de gringo, un aire de burla permanente (1985: 15-6).

Esa fúnebre escena encuentra significado en la relación Gringo Viejo-Arroyo, analizada en la tercera parte de nuestro estudio. Cuando queda restablecida la linealidad cronológica de la novela (Cap III), Gringo Viejo se señala por su excepcionalidad. Aunque es también “la imagen de Dios padre” (1985: 59), no deja de ser un oscuro ex-periodista californiano del grupo Hearst. Sin nombre conocido (¿Quién se atrevería a nombrar a Dios Todopoderoso?), sólo se le identifica por genérica antonomasia: gringo viejo. Mientras tiene edad concreta, 71 años, es anónimo por ser inalcanzable para el mundo que lo recibió: “los nombres gringos nos cuestan mucho trabajo, igual que las caras gringas que todas nos parecen igualitas; hablan en chino los gringos” (1985: 15).

Gringo Viejo penetra a México clandestinamente y a vado, sin usar el puente fronterizo, como si fuera inmigrante ilegal. Aquello encuentra sentido en un pensar del propio gringo que recuerda Arroyo mientras lo exhuma: “Hay una frontera que sólo nos atrevemos a cruzar de noche: la frontera de nuestras diferencias con los demás” (1985: 13). Por lo tanto, el gringo es un transfronterizo ideológico. Se burla de las fronteras. Su cruzar clandestino, ignorando el puente y la frontera oficial (la aduana), es por lo tanto racional en su peculiaridad. El propósito de su viaje lo expresa así: “Me propongo ser un cadáver bien parecido” (1985: 18).

En la maleta del gringo constan unos accesorios escogidos adrede: material de aseo y camisa blanca. Personaje literariamente formado sin predicación descriptiva, se resume por el contraste de lo negro de su traje con la blancura de su camisa. Gringo Viejo es de veras impecable. Además manifiesta su obsesión por rasurarse con esmero y sin cortarse; misterio que pronto libraré su clave de interpretación :

(...) se dieron cuenta de que el gringo viejo se ocupaba de sí mismo como una señorita a punto de ir a su primer baile. Tenía su propia navaja de afeitar y la afilaba cuidadosamente; hurgaba por el campamento hasta encontrar agua hirviente para rasurarse con la mayor suavidad para su piel; hasta el lujo de una toalla caliente llegó a exigir el muy catrín (...).

Pero ay de que se cortara la cara el viejo, la que armaba, más blanco se ponía, se secaba como si fuera a desangrar (...) (1985: 26).

Dicho pavor a la mutilación física se extiende a las mordeduras de perro que también podrían afean su cadáver (1985: 13, 38, 69), o sea, a su propia personalidad, ya que la novela induce a la hipótesis de lectura de que Gringo Viejo es “cadáver bien parecido” al adentrarse en México.

El viajero compra una “yegua blanca que sería visible de noche y dificultaría la vida a su dueño” (1985: 19) y una vez montado, avanza “con sus piernas largas colgando bajo el vientre de la yegua”. La referencia al Quijote cervantino es obligadísima. Para colmo el famoso libro está en la maleta del tan quijotesco viandante. Los tomados préstamos y alusiones a la obra de Cervantes son numerosos en Gringo Viejo (unos quince, explícitos o alusivos). Para legitimar esta clave de lectura, ahí está el personaje-testigo Coronelito Frutos, único en la novela que cuenta con linaje español, el cual garantiza la fidelidad de las referencias cervantinas¹. ¿Qué

quimera perseguirá este Quijote americano, con semejante atuendo? El afirma haber acudido a México para combatir y morir: “¿Ser un gringo en México? Eso es mejor que suicidarse” (1985: 17), “Quiero pelear” (1985: 25).

Demuestra su valor combativo mediante uno u otro milagro humano; por ejemplo cuando horada a pistolazos un peso tirado al aire. Se trata de la clásica escena de tantos filmes hollywoodianos, tras la cual los asistentes lo ascienden al rango de humilde Prometeo (1985: 31). Esta ascensión le va a resultar fatal, pues solo hay un lugar al que de veras Prometeo fue ascendido: el Cáucaso donde muere una y otra vez².

Mientras se empeñan los incrédulos, los soldados del general Arroyo felicitan a Gringo Viejo, le dan un sombrero idéntico al de ellos y unos chiles que él masca sin chistar, como ellos. Una vez superado este segundo rito iniciático, logra que los villistas reconozcan su antiguo grado en el ejército yanqui. El anónimo Gringo Viejo es ascendido a general gringo y, por calculada casualidad, el natural de Indiana se hace indiano (1985: 32, 41, 87, 90). Dicho de otro modo, se “indolatiniza” en el desierto de las Indias Occidentales³. Esta concesión de caracteres étnicos le acerca a Arroyo, asiático y mapache⁴, su primer interlocutor, luego su hijo, a no ser que esta transferencia integre a Arroyo a la matriz paterna de Gringo Viejo. Así, combatientes y razas se funden entre sí para ocultarse la histórica enemistad y lo hacen en un embate recíproco de transculturización que allane los obstáculos erguidos por los resentimientos que fundó la historia de la vecindad y de las fronteras.

En contacto con el desierto⁵, Gringo Viejo conoce que su muerte es tan sólo una “fatiga de las leyes de la naturaleza” (1985: 23). Venir a buscar la muerte en México no tiene pues más sentido que venir y morir, cuando la pura Naturaleza está para poner término a la vida “naturalmente”; así: “sintió que su voluntad de extinción era una burla” (1985: 22). Para el caso, la burla es una escenificación graciosa como la que se da en Cervantes. Gringo Viejo viene aquí para jugar el último acto de su vida, en ese desierto de los orígenes. Condensa sus dos voluntades iniciales en esta definición de la muerte perfecta: “ser matado discreta, y natural, y quizás hasta noblemente, por una mano anónima en el campo de batalla” (1985: 87).

Todavía se siente ex-periodista pero no disimula sus inclinaciones literarias, pues en su maleta guarda el Quijote, que quiere leer antes de morir y un par de libros suyos; por lo tanto, su identidad de Janus bifrons parece irreductible:

El problema era otro: periodista o escritor, la alternativa lo seguía persiguiendo (...) ya no podía seguir creyendo que iba a vivir, a trabajar, a optar entre la noticia dirigida a Hearst y sus lectores, o la ficción dirigida al padre y a la mujer, y que no era posible seguir sacrificando ésta a aquélla (1985: 60).

Aquel que los Mexicanos toman por un periodista gringo, es quizás un escritor, que escribe influido por el “gusano literario resurrecto” (1985: 65), como su “hijo” Arroyo lo era del gusano de una botella de mezcal cuando lo acogió (1985: 32). Es un extraño y sutil paralelismo y así lo sintetiza el propio personaje:

Vine a morirme, soy escritor, quiero ser un cadáver bien parecido, no tolero cortarme cuando me afeito, tengo horror de que un perro rabioso me muerda y luego morirme desfigurado, quiero leer Don Quijote antes de morir, ser gringo en México es mi manera de morir, soy ... (1985: 69).

Venir a vivir su “gringuería” en México, con el valor de cruzar los lindes entre ambos ámbitos culturales, sí que es, por excelencia, el acto voluntario y valiente de escoger la inevitabilidad de su muerte (valga la antitética propuesta dialéctica): todo un acto humano que sólo alguna esencia divina autoriza.

2. La historia anterior de Gringo Viejo

Gringo Viejo fue combatiente de la Guerra de Secesión (“Civil War”) y su padre invadió México por ahí de 1846. Así, Gringo Viejo está atávicamente familiarizado con el país y la guerra, lo cual tiene especial relevancia en el turbado período en que pretende encontrarse con Pancho Villa (1985: 29).

En el desierto mexicano, vuelve a pisar las huellas que dejó su padre medio siglo antes. Quiere hablar con su sombra (1985: 28), recuerda lo que escribió sobre la acción guerrera paterna (1985: 15, 77) y lo encuentra encaramado en un caballo blanco (1985: 60), a no ser que su propio caballo, igualmente blanco, proyecte su reflejo ante sí mismo, ya que el desierto de Gringo Viejo favorece los espejismos⁶. ¿Por qué tanta necesidad de buscar la huella paterna en México? Quizás por haber sufrido demasiados fracasos en los Estados Unidos.

Gringo Viejo le expone a Harriet su derrota de hombre que creyó ser dueño de su destino y del de los demás a través de su acción periodística. De hecho, Hearst sólo le pagaba para que fuera su gracioso (1985: 73). Pero, su fracaso no solo fue profesional, también se extendió al campo familiar. Clamando solo en el desierto de México “Mi destino es mío” (1985: 24), disimula que, queriendo regentar los destinos de sus lectores californianos, ni pudo encauzar los de sus hijos. Paradójicamente, su fracaso familiar se infiere directamente de su celo profesional en el grupo Hearst. En él describió un mundo tal, que sus hijos han temido ser ridiculizados y se han matado para ahorrarse esta vergüenza. Ahora bien, si denunciaba aquel innoble universo con una furia que Hearst procuraba moderar, era para “darle forma al destino ajeno” (1985: 73). Pero la única forma que supo darle al destino de sus hijos ha sido el suicidio, es decir la afirmación de un anti-destino. Para rematar tan siniestro balance, notemos aún que Gringo Viejo mató a su esposa olvidándola en la oscura trivialidad propia de tantas otras parejas:

Ella se murió sola y llena de amargura, se murió de una enfermedad honda y devoradora, que es la sensación de haber perdido el tiempo en las mil recriminaciones tristes de una pareja que se pasa los días cruzándose sin hablarse, sin mirarse siquiera, los encuentros insufribles de dos animales ciegos en una cueva (1985: 74-5)⁷.

Sobre la insistente referencia a Platón, señalemos “la casualidad” de que Gringo Viejo se define como amigo de la verdad, no de Platón (1985: 73). Este rechazo pesó mucho en su propio destino. Después de los cuatro golpes del destino, las muertes de su mujer, de sus dos hijos y el abandono de su hija, Gringo Viejo huyó de los EEUU por la sola vía que aun quedaba abierta: el Sur, para recibir en él el “quinto golpe ciego asesino de la suerte” (1985: 21)⁸; es un asesino aunque utópicamente liberador. Así, como el caballero manchego, Gringo Viejo está seguro de su voluntad y confía en que “tarde o temprano encontraría lo que buscaba” (1985: 21). Su paso al Sur se hace en condiciones extraordinarias, cuyo simbolismo merece ser soslayado.

Mientras Gringo Viejo entra a vado a México, se produce una explosión y el puente fronterizo se incendia (1985: 18). Ahora bien, es un puente metálico. ¿Cómo explicar este incidente, más aún si consideramos que se repite al verificarse la verdadera-falsa vuelta de Harriet a México (1985: 177)? La evocación de los petardos de una fiesta parroquial proporciona una solución: “las explosiones desvirtúan las cuentas del tiempo” (1985: 100-1). La libre elección de transfronterización mental que consiente Gringo Viejo le exige que se sume en una intemporalidad que le extraiga totalmente de la historia compartida y cronológicamente medible entre ambos países. Así se entiende que el narrador aconseje no buscar unos hitos cronológicos concretos en la novela y ponga énfasis en el deseo de Gringo Viejo de romper con su pasado. El puente hecho inútil ilustra simbólicamente esta elección. Al cambiarse de marco cultural-geográfico, también cambia de tiempo y se desembara de cualquier cronología referencial. La introspección a la que se dedica en el espacio mitológico del desierto no es sino a-temporal.

3. Las relaciones de Gringo Viejo con los demás personajes

3.1. Con sus hijos

Hemos dicho que el trabajo periodístico de Gringo Viejo llevó a sus hijos a matarse por vergüenza a tener que vivir en el mundo que él describía. Su obra literaria es igual de criminógena. En ella encontró el hijo mayor “el plan maestro para [su] muerte” (1985: 74). Así que se suicidó en ese mundo escrito a medida por su padre. El hijo menor se suicidó por desafío, para demostrar que tenía “el coraje de morir por coraje” (1985: 74); nótese la reversible antanaclasis semántica.

Notemos también que ambos han cumplido su acto como “hombre mi hijo mayor” y como “hombre mi hijo menor” (1985: 74). Aparentemente no como hijos que matan al padre para vengar su comportamiento contra la madre, sino según un esquema más complejo de destrucción anticipada y apostada del padre gracias a la auto-destrucción inmediata de los hijos. Esta táctica edípiana vivida en la edad adulta poco asombra a Gringo Viejo quien resume:

Pero de todas maneras ellos me odiaron. (...) los jóvenes parricidas que fatalmente asedian a un escritor famoso como los buitres del campo mexicano y dejando para quienes lo admiraron no el recuerdo de un anciano decrepito, sino la sospecha de un jinete en el aire; “Quiero ser un cadáver bien parecido” (1985: 138-9).

De esto se sigue que si los hijos matan fatalmente a su padre volviendo contra él su fuerza o su fama (aquí las obras literarias y periodísticas), no lo aniquilan en la memoria periférica a la relación dual Padre-Hijo. Al contrario, matando al padre refuerzan su capacidad de durar como tales: con el guía e inspirador fuera de tiempo y fuera del mundo donde siempre viven unos hijos. Si éstos atentan contra la vida del Padre, no lo hacen contra su persona pues como dice el personaje “no estaban contra mí, sino en contra de mi vida” (1985: 74)⁹.

En la novela, el parricidio es un deber. Consiste en matar lo que la historia corrompe. Si el pueblo hubiera matado a tiempo a Porfirio Díaz, no se hubiera hecho un tirano; matando a tiempo a Arroyo, cuando se sentía tiranuelo en ciernes, se le concedió ser un héroe, muerto cuando joven (1985: 60, 79, 80, 187...). Es el querer morir antes de ser corrupto (con sentido ambivalente) lo que decide Gringo Viejo a ser “cadáver bien parecido”, es decir de buen espec-

to y parecido a lo que se mató, y a manifestar su voluntad de seguir siendo el padre. La clave jinete en el aire representa a éste último¹⁰.

Matado en los EEUU por sus hijos y percibido como mórbido por los mexicanos, pues “no cree en la Revolución. Cree en la muerte. Me da miedo gringa” (1985: 130), Gringo Viejo vuelve a descubrir, en el reactivado recuerdo del padre aquí llegado en 1846, que la perennidad de la imagen y de la función paternas supera a los recuerdos de decrepitud que hubiera podido dejar. El hijo mayor de Gringo Viejo muere en el marco pre-establecido por la novela de su padre, como éste último muere en el marco creado por el suyo 60 años antes. Cada hijo muere a manos de su respectivo padre; sin embargo, queda por saber quién es “padre” y consta que el padre escoge la obligación de morir por hacer morir al hijo.

La mano extranjera de Villa-Arroyo, esquema Padre-Hijo mexicano, llevará a cabo el suicidio que él mismo no quería imponerse: “Tuve una vanidad final. Quería que la muerte me la diera el propio Pancho Villa” (1985: 139). Por lo tanto, el Padre Gringo Viejo mata a sus hijos que lo destruyen muriendo por su culpa. Luego lo mata el hijo mexicano (Arroyo, generalito subordinado de Villa) que lo vuelve a matar (re-matar) bajo orden de su padre mexicano, su superior jerárquico en el ejército revolucionario, Pancho Villa.

3.2. Con Harriet

En el desierto adonde ha venido a huir del marco espacio-temporal de su fracaso en los Estados Unidos, Gringo Viejo encuentra a Harriet, la joven maestra americana que se aburría en Washington. Él que perdió a la esposa-madre y ella que ha bandonado a su madre se reflejan mutuamente el uno en la otra, paralela y a menudo inversamente, tal como se expresa en el cuadro que sigue:

Edad	Origen en EEUU y movimiento fuera de los EEUU	Venido(a) a México para	Definido(a) en relación con	Relación con el otro
HARRIET				
-Joven	-Costa Este, marcha hacia el Oeste.	-“evitar la rutina” -“no sucumbir” -vivir otra cosa	-el Padre -la Madre	-n ovio de 42 años, desde hace 8 años. -impotente (120) -no quiere niños que amar (97)
-Dinámica		-un hecho del destino		
-Al principio de carrera	-Patio trasero como el Padre	(97)= salvar al niño		
-Maestra				
GRINGO VIEJO				
-Viejo	-Costa Oeste	-Morir	-los hijos muertos	-tinieblas de la pareja
-Fin de carrera	(final del proyecto nacional de los EEUU)		-la hija abandonadora -esposa muerta	-ya no quiere amar (63, 73) -padre dolido
-Periodista	-el Sur (lo que queda)			
-Escritor	-busca las huellas del Padre			

Juntos, en la sequía del desierto, estado síquico más que lugar, tanto Gringo Viejo como Harriet añoran la humedad de los ríos americanos (1985: 52-3, 64); el uno dejó el Pacífico californiano que da fe del final del proyecto americano de marcha hacia la “frontera” oeste (la madre-patria agotada):

(...) esos malditos bares de San Francisco donde los californianos nos reunimos a mirar hacia el mar para decirnos: se acabó la frontera muchachos, se nos murió el continente, se fue al diablo el destino manifiesto, ahora a ver dónde lo encontramos: ¿sería un espejismo del desierto? (1985: 71-2)¹¹.

La otra deja Washington (¡la ciudad que lava!), la tropical, y su Potomac, “húmeda como la entrepierna de una negra en celo”¹², que acoge a Harriet y a su madre después de la desaparición del padre en Cuba (madre consoladora); la ciudad sede del gobierno federal: la madre-patria inspiradora de proyectos fecundos. Ciudad de humedad tranquilizadora y agobiante que Harriet deja, mientras abandona a su madre y renuncia a su vida de maestra; de manera que prescindirá del agua que hacía vivir, pero que también la ahogaba. Así, en el desierto-reflejo de sus actos y de sí mismos, ambos norteamericanos añoran e, inconscientemente, buscan a la madre y a la esposa-madre que han perdido. Sumido en este desierto matricial (materno y de los orígenes), al oír de Harriet que soñar no es sino un modo de actuar y de vivir su destino (1985: 49, 94), Gringo Viejo confiesa:

- Hasta soñé contigo. Me sentí tan cerca de ti como un...

- ¿Cómo un padre? -esta vez interrumpió ella, compensándose- ¿así de cerca? -dijo sin ninguna clase de emoción (1985: 99).

Este sueño a Gringo Viejo le cuesta confesarlo; pero Harriet y él se sienten condenados a ser progresivamente sinceros el uno con el otro, por deber nacional de virtud (1985: 142). Esta sinceridad bien puede comprometer el proyecto de muerte en México del gringo; por eso él teme paternizarse:

(...) estaba mirando de lejos a un hijo y a una hija, él opaco, ella transparente, pero ambos nacidos del semen de la imaginación que se llama poesía y amor. Tuvo miedo porque no quería más afectos en su vida (1985: 63).

Por su parte, Harriet, que parece conformarse con “civilizar” con mayor o menor brío la hacienda Miranda (su destino nacional americano), objetiviza su búsqueda del padre en la persona del Gringo Viejo, mientras él desea volver a ver a su hija abandonadora:

El sueño es nuestro mito personal, se dijo el gringo viejo cuando besó a Harriet dormida y pidió que ese sueño se prolongara más que la guerra, venciera a la propia guerra para que al regresar de ella, vivo o muerto, ella lo recibiera en este sueño ininterrumpido que él, a fuerza de desear y de inducir con el deseo, llegó a ver y comprender en los escasos minutos que dura un sueño que, más tarde, la memoria o el olvido restaurarán como un argumento largo, poblado de detalles, de arquitecturas y de incidentes (1985: 57).

Este es el instante en que se sellan recíprocamente los dos destinos de los norteamericanos en un “misterio de los dos gringos” que excluye a Arroyo, ajeno a la situación (1985: 143):

Quería invitarla quizás a su propio sueño; pero éste era un sueño de la muerte que no podía compartir con nadie: en cambio, mientras vivieran ambos, por más separados que estuviesen, podían penetrar sus sueños respectivos, compartirlos (...) (1985: 57).

Semejante misterio y el compartir los sueños llevan a ambos personajes a fundirse en una unión excepcional, pero breve, de sus conciencias fraccionadas, antes de ser definitivamente arrancados el uno del otro por el tiempo y el torbellino revolucionario:

Quieres decir que vine a dar lecciones y en cambio voy a recibirlas -dijo ella secándose los ojos y las narices con su manga abombada, caminando otra vez el gringo viejo y ella siguiéndolo, fiel ahora, su vestal para siempre desde ahora, sacralizando estos minutos en los que ambos lograron unir su conciencia dividida en la del otro: antes de la dispersión final que adivinaban: el tiempo, México, la guerra, la memoria, la carne misma, les habían dado más tiempo del que les toca a la mayoría de los hombres y mujeres (1985: 141-2).

3.3. Con Arroyo

La relación de Gringo Viejo con Arroyo es compleja y corrediza. Es este más que nada un personaje en gestación que se acerca a su destrucción a medida que se está construyendo. Físicamente se reduce a una "máscara de polvo" (1985: 29), la del desierto en el cual ha venido Gringo Viejo a contemplar su destino final. Además, desde el punto de vista social, es un bastardo (1985: 64-65, 82) y sólo es generalito de opereta (1985: 38, 40, 165). Como el norteamericano, el antiguo mísero peón es también un producto de la desdicha.

Durante el cruce del desierto materno, Gringo Viejo-Quijote herido descubre que anda "junto a un hijo: Arroyo el hijo de la desgracia" (1985: 79). Este descubrimiento se realiza en "el semen de la imaginación que se llama poesía y amor" (1985: 63), concediéndole a Arroyo un estatuto filial nuevo que da para más (ya no es bastardo) y da para menos, pues el mexicano es un niño, un Sancho que anda al lado de un Quijote, dueño paternalista en un desierto mexicano análogo al desierto manchego.

El germen de su destrucción cabe necesariamente en este ascenso callado y traicionero. El encuentro bicultural sólo autoriza lo que en breve promete derrocar: un lazo paternalista que sólo puede ser esto: paternalista, con simpatía hipócritamente compartida. Quedando claro que para el caso, la hipocresía no es sino la forma absoluta de la política, por convivencia obligada que se consiente tras compartir por largo trecho la historicización de la vecindad.

Una vez entablado, el proceso imaginario de paternidad escapa a su instigador. Arroyo derroca los tabúes de jerarquización internacional, de clases y de incesto. Se adueña de Harriet a la vez hermana, madre y amante, y sobretodo de su valedor extranjero y enemigo. Así los dos hijos de sustitución de Gringo Viejo, Harriet y Arroyo, se le escapan y su relación con Arroyo abandona el espacio privado Padre/Hijo para volver a sumirse en el cuadro político del enfrentamiento necesario entre la memoria que pudiera escribirse fielmente y la acción político-militar que procura verificarse con la mayor espectacularidad.

Ahora pues, la iniciativa le corresponde al "hijo" Arroyo que dedica su esfuerzo a probar el valor militar de su "padre". Lo hace en dos ocasiones. En una, Gringo Viejo demuestra sus capacidades horadando un peso tirado al aire. La tropa aplaude la hazaña, salvo el general que "apenas movió la cabeza" (1985: 30). Solo bajo presión del desierto entero, el ámbito testigo de la relación bilateral, Arroyo consentirá reconocer la "valentía" del gringo (1985: 60). En la otra, temiendo que el valor del viejo americano oculte el suyo propio (1985: 14), Arroyo pla-

nea restaurar su prestigio de jefe único imponiéndole a Gringo Viejo “soldado más valiente” que se haga “verdugo más valiente” (1985: 86) contra un coronel federal vencido. De este modo espera resolver en beneficio propio el problema siguiente:

Un problema para los dos ejércitos: el hombre indeciblemente valiente. Nos expone a todos. Ridiculiza un poco a los dos bandos (1985: 85).

Gringo Viejo rechaza esta forma de suicidio moral que convertiría al soldado valiente que él es en un asesino cobarde. Le falla voluntariamente el tiro contra el coronel federalista (1985: 88). Por otra parte, habiendo fracasado en arruinar la fama de su padre, Arroyo busca otro medio de liquidarlo para alzarse en su lugar y cumplir con el deber de parricida que impone su estatuto filial recién estrenado:

- Haz tu deber, hijo.
- He matado a mi padre.
- Eres un hombre valiente, general indiano -dijo Arroyo (1985: 60).
- (...)
- Cumplan con su deber. Disparen contra los padres (1985: 79).

Si Arroyo procura demostrarse a sí mismo en su carrera militar, también intenta hacerlo, aunque de modo dudoso, mediante las mujeres, por ejemplo, Harriet y La Luna (1985: 109, 114-20, 122). Ya que fracasó en eliminar a quien se confirmó soldado valiente negándose a ser verdugo, decide eliminar al padre que le hace sombra a su machismo. La oportunidad se le presenta después de la fusión-reflejo recíproca de Gringo Viejo y de Harriet, interpretado por Arroyo como un raptó de mujer, de “su” mujer, de “su” madre gringa (*yo nací para defenderla*). Este asunto de hombres (inacabado-Arroyo vs rematado-Gringo Viejo), Arroyo lo entiende como una cuestión de honor (1985: 15). Matándole de espaldas (1985: 144), elimina a su “padre” enemigo extranjero, después de fallarle el ataque al padre natural Miranda que había emigrado y también al “rival”, el “padre” imaginario de Harriet, su amante ocasional y posiblemente su “hermana” incestuosa.

Su padre de armas mexicano, Pancho Villa, lo castigará, mandándole desterrar el cadáver del padre Gringo Viejo para fusilarlo “debidamente”, frente a un piquete de ejecución. De este modo, y sin que repare en ello, Villa le permite a Arroyo cumplir su destino. Pensándolo bien, la escena de la exhumación (1985: 15-6) remite al capítulo XXX en que Arroyo jura negarle hasta una mirada al padre que se muere (1985: 179). La explícita analogía entre ambas escenas permite afirmar que Arroyo ha desplazado el odio edípico que le tiene a su padre Miranda a otro padre de sustitución, Gringo Viejo. Cuando el destino fue “suyo”, le negó en vida la mirada a su padre tres veces, como si renegara del amo y del padre: a) en el episodio del peso horadado (1985: 30), b) cuando la ejecución del coronel federal (1985: 88), c) disparándole de espaldas para no cruzar su mirada (1985: 144).

Recordamos a Simón Pedro, el compañero predilecto de Cristo, cuya tercera y última negociación anticipa la muerte del amo¹³. Muerto el padre, Arroyo sólo se interesa por su descomposición biológica. Entonces se comprueba que el hijo no puede prescindir del padre de armas (“tú eres mi hijo”, 1985: 167) para afianzar el dominio sobre su propio destino. Curiosamente el hijo afirma su autonomía contra un padre sólo mediante un tercero, otro padre, Villa.

Dentro de la misma estructura “realizante” se arraiga también el principio destructor :

- Como lo juró, Arroyo contempla al padre en descomposición, con tal que se lo permita el destino.
- Arroyo muere por una mano ajena que le considera como a su hijo. No estaba previsto, pero la presciencia de Arroyo le dejaba prever : “Nunca me he soñado viejo” (1985: 81).

Así, un hijo (Arroyo) mata a un padre (Gringo Viejo), quien a su vez mata a un hijo (Arroyo) por conducto de otro padre (Pancho Villa). Villa y Arroyo vuelven a jugar el drama, “el drama revolucionario del hijo contra el padre” (1985: 58), de los hijos del gringo adversos al padre cuando éste escribiera (¿involuntariamente?) contra ellos.

Una vez ejecutado el cadáver del gringo, Villa ordena a Arroyo que le dé el tiro de gracia: ... “Ya sabes que tú eres como mi hijo” (1985: 167). Dicho de otro modo, que mate a su padre (Gringo Viejo), ya que su padre (Villa) se lo manda. A modo de reintroducir la fórmula: “Cumplan con su deber. Disparen contra los padres” (1985: 79).

4. Tres claves para un personaje

4.1. El deseo de escritura

Hemos delineado el efecto quijotesco de Gringo Viejo y establecido, gracias a Inocencio Mansalvo, la plausibilidad de una interpretación cervantina del personaje. Sabemos que Gringo Viejo lleva a México “un par de libros suyos” y la obra maestra de Cervantes que quiere leer antes de morir (1985: 18).

Harriet encuentra en la maleta del ex-periodista-escritor unas “cuartillas y un lapiz mocho” (1985: 67) que pasan a ser “cuartillas garabateadas, el lapiz mocho” (1985: 69), y terminan en “papeles borroneados y los lapices rotos” (1985: 140). Entonces, ¿qué escribió? ¿Terminó de escribirlo? ¿O lo dejó de hacer?

Cuando Harriet identifica los “dos libros suyos” como “un par de libros en inglés, ambos del mismo autor” (1985: 67), ella lo matiza, es “un autor americano vivo” (1985: 69). Uno puede preguntarse si la lectura del *Quijote* interviene en lo que ha pasado (el consumo de material de escritura). Si la propuesta inicial es que Gringo Viejo pretende venir a leer el *Quijote* en México, parece que él es el propio Quijote-Gringo quien escribió, mientras proyectaba leer. Pero naturalmente, no hay respuesta segura. En cambio, se hace más cómodo de entender que son libros suyos. Pero estos libros no deben ser leídos, libros “del diablo”, libros para irse al infierno.

Ahí se siente la amargura de quien no dominó su destino. Su derrota pensada y reflejada¹⁴ en la soledad anacrónica de un desierto implacable y engañoso (los espejismos) es la de un Cristo vencido por el Diablo, ángel caído.

La duda racional, si sobrevivió a la duda intuitiva (la nuestra), es abolida en las primeras líneas del capítulo XVII:

EL VIEJO camina en línea recta, mascullando viejas historias que él escribió un día, crueles historias de la guerra civil norteamericana (1985: 134).

Por otro lado, el colofón -Nota del autor - (1985: 189) es explícito: estos cuentos son de Ambrose Bierce. Entonces, ¿es Gringo Viejo el propio A. Bierce? La duda sigue entera; y chichecha Carlos Fuentes: "El resto es ficción".

4.2. La imagen crística

Si hemos observado a Gringo Viejo a través del prisma homogeneizante y español del *Don Quijote*, los Mexicanos lo ven cada uno a su modo y distintamente según el momento: aquel que "vino para morir", aquel que tiene "una valentía suicida" (Inocencio), el "santo", o aquel que jamás murió (La Garduña), aquel que "reza" o que "lleva su dolor en la cara" (1985: 25-6). Pero sean cuales fueran las opiniones, "todos aprendieron a respetarlo".

Aquí es inevitable identificar unas imágenes crísticas: Cristo venido a purificarse en el desierto antes de la Pasión; Cristo que sabía la muerte inevitable si se iba a Jerusalén la semana de Pascua (¿un suicidio por encargo o por obligación?); Cristo imagen de santidad; Cristo que triunfa de la muerte y de las tinieblas; pues el que muriendo no ha muerto jamás a ojos de quienes tienen fe; Cristo, cuya huella de la cara dolorosa recoge Verónica; y por fin, el que reza en el Jardín de los Olivos¹⁵.

Cuando el "Cristo" gringo de la novela muestra su voluntad y su capacidad de combatir horadando un peso, solamente Pedrito, el niño testigo manifiesta su entusiasmo: "sólo el niño miró al gringo" (1985: 30). Otra vez Cristo, tan cercano a los niños¹⁶.

Después de buscar qué quimera (creación mental u onírica o utópica) persigue a Gringo Viejo con tanto empeño, se acaba por darle forma y contenido: "la buena suerte de ser matado discreta, natural, y quizás hasta noblemente, por una mano anónima en el campo de batalla" (1985: 87). Lo que pasa es que aun se ignora si "su" propósito es de veras el suyo. En el momento en que imagina ("crea a imagen de") a su hijo y a su hija (Harriet y Arroyo), vuelve a ver a su propio padre, antiguo soldado y calvinista. Seguro que éste hubiera menoscabado enérgicamente el barroquismo del catolicismo mexicano en su insistente representación sangrante y dolorosa de la muerte de Cristo. Ante esta imagen, Gringo Viejo se entera de que la muerte de Cristo jamás ha sido un punto final en su vida ni en la realización de una voluntad personal. La muerte es solamente lo que "un viejo amargo" (A. Bierce-Gringo Viejo) llama "el último dolor" (1985: 166). Cristo expresa que la muerte no es el descanso eterno al que uno puede aspirar:

Continuaba sangrando después de muerto. El sacrificio no había roto la servidumbre de su vida, de su encarnación (...) (1985: 103).

A imagen y semejanza de Cristo, estructura de asimilación que ya apuntamos, Gringo Viejo experimenta a su vez "la condena preordenada de su maldito cuerpo terreno que sólo debió estar pensando en su Padre: su padre en el aire, jinete en el aire" (1985: 103).

Calvinista, Gringo Viejo recuerda que sólo tiene un dueño: el Padre, con la mayúscula que expresa la unicidad. Su proyecto de muerte le aliviará del último dolor pero no será "su" muerte, ya pre-decida por una entidad que la instrumentaliza.

El paréntesis humano, la viandanza del Quijote-escritor y creador de hijo y de hija, no obstaculizará el proyecto divino del Padre; como Cristo, está en la tierra para que la voluntad del Padre, que no la suya, se cumpla y para que se cumplan las Escrituras¹⁷. Nadie se adueña de su destino, ni el grupo Hearst ni la literatura. No es patente que Gringo Viejo viniera a México motu proprio. Allí sigue fielmente el proyecto paterno de un padre encaramado en su “caballo de madera, su Clavileño de condenas y predestinaciones” (1985: 103), de manera que Cervantes acude en auxilio de Carlos Fuentes. Gringo-Quijote, ¡otra vez!

Los Profetas de Israel han anticipado a Cristo, el que se esperaba; el Bautista esperaba a Cristo como el tren de los revolucionarios mexicanos esperaba al gringo para ponerse en marcha (1985: 33). Es Gringo Viejo crístico otra vez, en eso de que nadie, aun el muy amante, le mudará el destino ni tampoco lo salvará:

(...) no me has salvado de nada (...) Yo quiero morir. Por eso vine aquí. A que me mataran (1985: 137-8)¹⁸.

Harriet es la única que comprenderá y recordará a aquel Cristo-Caballero, como María de Magdala, otra mujer que se fue a dar fe de lo que vio por la mañana de Pascua, ante los incrédulos, otros hombres¹⁹. En la versión “mexicana”, el final del gringo es claramente más prosaico: “El gringo vino a morir a México. Quién le iba a decir que se iba a morir por una gringa, caramba. La verdad se murió nomás porque cruzó la frontera”, dice Inocencio Mansalvo (1985: 173).

Así reducida y humanizada, la historia recuerda las rechiflas de los judíos al Cristo en la cruz y que fueron un populacho embrutecido y un gobernador romano acobardado que no quería más líos quienes decidirán su muerte. Nada francamente divino como para decidir la suerte del hijo de Dios y sin embargo, así fue. ¿Para qué dudar de lo que afirma Inocencio Mansalvo, si por antonomasia era “virtuoso” y “puro”?

4.3. El retorno a las fuentes

Gringo Viejo tomará la revancha contra las ineptias del Presidente Wilson y la prensa americana que selló su destino prohibiéndole que influyera en el de los demás. La prensa, más que los funcionarios de la aduana (1985: 175), es la que lo identificará como el “auténtico” capitán Winslow, todavía vivo y gentilmente encamado en Cuba, abriéndole el paso al sagrado campo americano (camposanto) de Arlington: el cementerio donde lo entierran por vez última, en un Arlington rayano de la húmeda y maternal Washington, en la costa este que entabló “la conquista de la nada”, la del desierto seco y próspero, fundamento de la historia de los EEUU. Arlington donde se juntó el gringo con la esposa madre abandonada y luego buscada en el desierto; la esposa fenecida en las tinieblas conyugales y la madre de “su” hija (de ambos). Arlington de cara al Atlántico y orientado hacia el Far West desértico, cuando el propio gringo, en una California encajonada entre el desierto (la Nada) y el Pacífico (la totalidad materna húmeda), renunciaba a cualquier proyecto y se encontraba abocado a la última salida posible: el Sur. Un Sur que fuera mexicano antes de la expedición militar del padre soldado (en 1847) y que fue norteamericano después de que viniera el dicho padre. Un Sur y un Norte que se esfuman en una frontera indefinible que el hijo mayor del gringo

terminó por ubicar en el delirio étlico de las copas (“in vino fines”, para decirlo de algún modo): “Ya no más oeste, muchachos, salvo en la frontera invisible de una copa de whiskey vacía” (1985: 72).

El final de *Gringo Viejo* en Arlington, figurado como un retorno a la esposa madre, como un reencuentro con unos hijos y con un proyecto político vivo, tiene los caracteres de una resurrección o de un volver a nacer. ¿Murió de veras Gringo Viejo? Indiano copartícipe de dos culturas, ¿será que habrá franqueado una frontera americano-mexicana históricamente moviediza y culturalmente mítica? ¿Cómo no será él, el “cartógrafo” (1985: 32), el más idóneo para comprobar que la frontera bien puede ser tan sólo “la de nuestras diferencias” (1985: 13)?

Ya nos estaríamos figurando *Gringo Viejo* como una novela “mexicana”, transfronteriza, transhistórica y “americana” que rinde cuenta de la inacabable pulsión norteamericana de expandirse a territorios míticos, mentales y geográficos ajenos que sólo la animan por su ajenidad conquistable.

Novela americana por eso de que la búsqueda de su propia génesis, a la que nos convi-da la estructuración del relato, remite insalvablemente a la imposibilidad de discernir entre tiempos personales y tiempos míticos transhistóricos, así como a la otra imposibilidad de distinguir y delinear territorios geográficos que no sean indicios del ámbito mental de atracción y repulsión que hoy sigue constituyendo la peculiar relación de Estados Unidos y de México.

La referida pulsión expansiva norteamericana viene figurada en un misterio de la Nueva Trinidad Cristo-Quijote-Gringo, en la que convergen y se enfrentan los componentes del trinomio Sacrificio-Utopía-Potencia. Dicho trinomio condensa los efectos y las manifestaciones de la transfronterización mental a la que se somete un fracasado Gringo escritor, reciclado por la Revolución mexicana.

La muerte-resurrección del Gringo Viejo en México corre paralelamente con el afán mexicano de redención y de consagración de la historia propia del país. Para el Gringo, la línea escapatoria del sur utópico transita pues por su muerte (*rigor mortis*), cuando él mismo haya redimido los pecados gringos en el mismo país que más los aguantó: México.

A su vez, México volverá a adueñarse del camino de su destino cuando se percate de su índole excepcional, aquí simbolizada por una frontera que es a la vez línea de estallido (recuérdense el puente de hierro que arde y la explosión que se oye cuando Gringo Viejo cruza la frontera) y zona frontal de encuentro y de envidias. Una frontera que es también la que separa memoria marginal e historia periférica. Memoria de un México despreciado que se fija en sus arrebatados márgenes territoriales; país víctima de una historia escrita por unos vencedores que solo entienden la historia del vencido como pura anécdota periférica y la suya propia como un embate expansionista y vencedor supuestamente perpetuo... Hasta que broten el remordimiento de algún virtuoso despistado y la saña del pueblo que pide razón por su humillación, descubriendo el drama revolucionario del hijo contra el padre.

Notas

1. “Como su padre era español y comerciante en Salamanca, Guanajuato, Frutos García dijo que así miraban los cabreros y las maritornes a don Quijote cuando metió las narices en sus aldeas, sin que nadie lo invitara, montado en su rocín desvencijado y arremetiendo con su lanza contra ejércitos de brujos” (1985: 28).

2. De los efectos fulminantes de la promoción social y militar... En *Gringo Viejo* el ascenso es más bien mortífero. Ya hecho general, Arroyo morirá por ello, así como Gringo Viejo, que comienza a antojársele un jefe a la tropa, o también el marido efímero de La Garduña (“una bala lo mató en el encuentro en la Ascensión. Así dicen que se hizo puta”, 1985: 149).
3. Indiano: “natural pero no originario de América o sea de las indias Occidentales” (DRAE.).
4. El más fervoroso deseo de Arroyo para con los gringos es: “no nos olviden. Pero sobre todo, sean nuestros sin dejar de ser ustedes, con una chingada” (1985: 108). En esta transferencia cultural y racial uno puede ver formarse el nudo del “drama revolucionario del hijo contra el padre” que después de inspirar onífricamente a Gringo Viejo contra su padre (1985: 58 y 79) lleva a Arroyo a matar de veras (1985: 144).
5. El desierto es la imagen materna y primal por excelencia, en busca de sus flujos y de su líquido amniótico. Es la madre-mar, lugar de vida (que dio la vida) y refugio que no deja de anhelar volver a serlo. Madre que ya no sirve -como si muriera- pero que siempre recuerda su pasado materno. Con precisión científica, la novela vincula varias alusiones a mecanismos de la vida propios del desierto: todos confluyen en una actividad de conservación del agua para la supervivencia o de su destrucción, para aniquilar una especie contraria.
6. Notamos que el caballo de Arroyo, el hijo bastardo, es negro (“se subió a su caballo negro”; 1985: 57) y que no puede sino fundirse oscuramente en él, siendo caballero y montura una sola pieza: “Entró a mi pueblo como un joven corcel, negro y sedoso” (1985: 111). El hijo ilegítimo no goza de los mismos favores que el legítimo.
7. La madre de Harriet murió en condiciones análogas. Esposa imaginaria del gringo en cuanto es madre auténtica de su hija imaginaria, pero real también, ya que el gobierno americano le adjuntó en Arlington el cuerpo del Americano reconocido como el de Winslow (1985: 169).
8. El quinto golpe recuerda al del libro del *Apocalipsis* (9: 1-12). El versículo 6 ilustra la situación de Gringo Viejo, que busca la muerte (1985: 21) y no la encuentra, aún después de la batalla: “No lo había herido. No estaba muerto; o “El quería la muerte y seguía aquí” (1985: 83); también: “el viejo había luchado; pudo haber muerto” (1985: 67).
9. Este esquema ilustra de manera diferente la ejecución del cadáver corrupto de Gringo Viejo por parte de Pancho Villa: Villa mata a un padre extranjero que aún no es “bien parecido”. “*Impresentable*”, aunque correctamente peinado, y sin parecido alguno; único en su abyección y su ambición de ser el padre: los propios Estados Unidos. Esta ejecución, oficialmente destinada a salvaguardar la imagen exterior de la revolución mexicana y a ampararse de las iras de los Estados Unidos, de hecho hiere radicalmente a los revolucionarios.
10. El caballo paterno es blanco (1985: 60, 79, 139).
11. Nótese la alusión al *Manifest Destiny* de la Doctrina Monroe, mediante la cual el derecho americano a colonizar el territorio a expensas de los indios se justifica por los éxitos militares y goza de la bendición divina.
12. Esta cubana negra es el sustituto femenino de la madre para el padre de Harriet, que se quedó en Cuba.
13. Véase en San Mateo 26: 69-75.
14. En francés diríase: *réfléchie*.
15. En los Evangelios, véase Marcos 1: 12-13; Mateo 4: 1; Lucas 4: 1-2 (purificación en el desierto); Mt 16: 16-17 (la fe de Simón Pedro); Mt 16: 30 y 36 (rezo en el Jardín de los Olivos). Verónica no consta en los Evangelios; pertenece a tradiciones populares del siglo XVIII. Aprovechemos el caso para señalar tres versículos de San Lucas a los que remite implícitamente el traje inmaculado del gringo en su travesía del desierto. Cito por una edición en francés: “Qu’êtes vous *allés con-*

templer au désert ? Un roseau agité par le vent? Alors qu'êtes vous allés voir? Un homme vêtu d'habits délicats ? Mais ceux qui ont des habits magnifiques et vivent dans les délices sont dans les palais royaux. Alors qu'êtes vous allés voir ? Un prophète ? Oui je vous le dis, et plus qu'un prophète. C'est celui dont il est écrit: "Voici que j'envoie mon messager en avant de toi pour préparer ta route devant toi " (7: 24-26). [La cursiva es mía].

La Bible de poche de Jérusalem. París, Desclée de Brouwer, 1966 (Editions du Cerf, 1955).

16. Lucas 18: 16. Pedrito lo verá todo y lo sabrá todo.
17. Lucas 18: 31. Cristo anuncia a sus apóstoles que ahora se van para Jerusalén y que se cumplirá todo lo que escribieron los profetas para el Hijo del hombre.
18. San Juan expresa este venir a morir en términos muy parecidos (12: 27).
19. San Marcos 16: 9-11.

